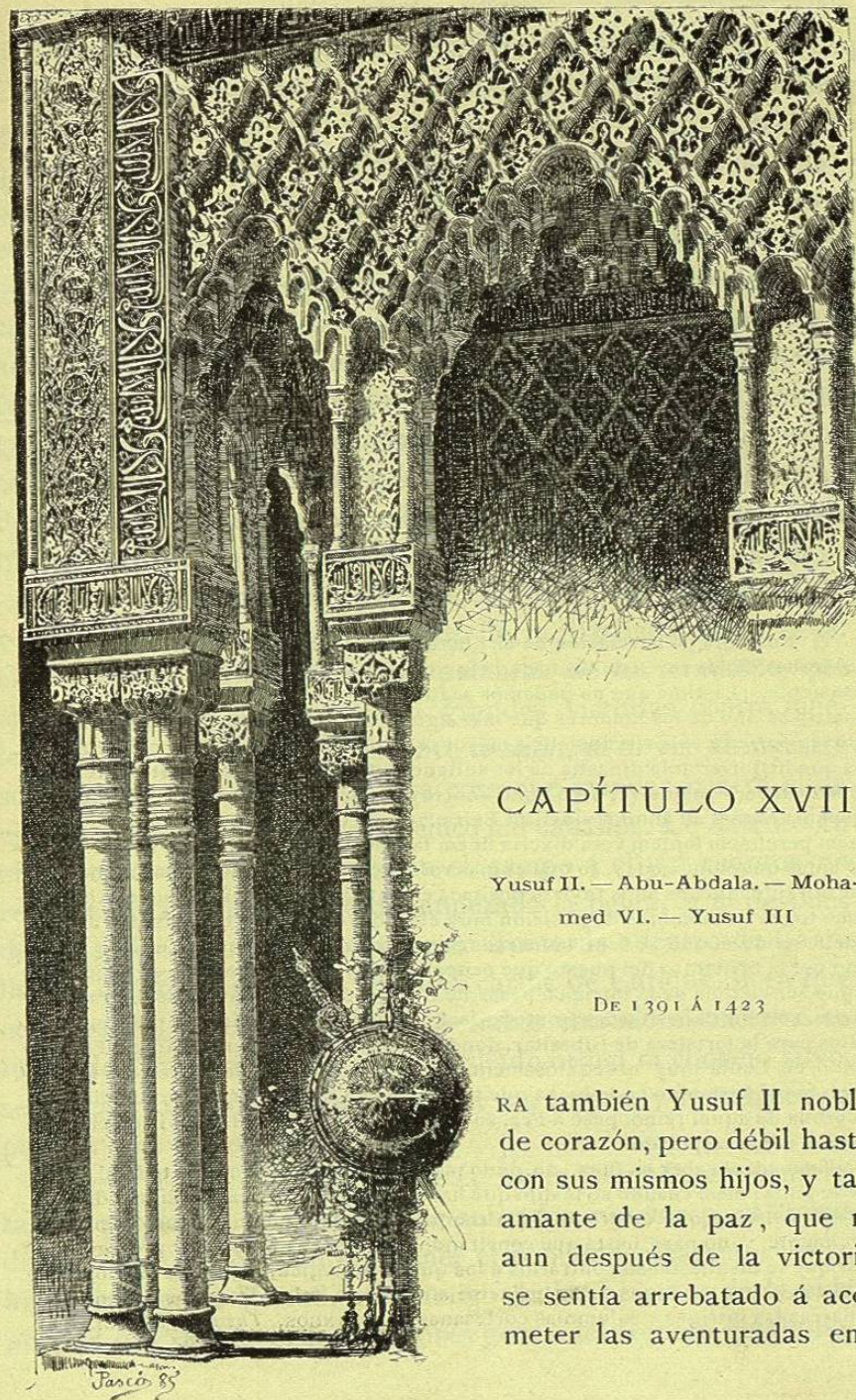
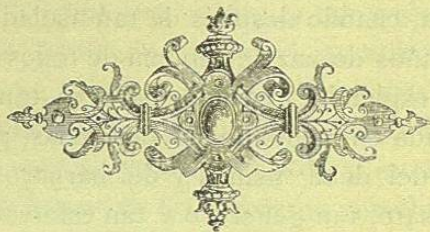


clases del Estado; y fué proclamado luégo Abu-Abdala-Yusuf, á quien besaron la mano en señal de vasallaje los nobles y los principales walíes y cadíes de las tahas próximas á la corte granadina.



## CAPÍTULO XVII

Yusuf II. — Abu-Abdala. — Mohamed VI. — Yusuf III

DE 1391 Á 1423

RA también Yusuf II noble de corazón, pero débil hasta con sus mismos hijos, y tan amante de la paz, que ni aun después de la victoria se sentía arrebatado á acometer las aventuradas em-

presas de otros reyes (1). Escribió á los monarcas españoles pidiéndoles prórroga de las treguas, y para mejor obligar al de Castilla puso espontáneamente en libertad á los cautivos, y se los mandó junto con seis caballos cubiertos de ricos jaeces y adornados con armas y excelentes paños de oro. Fué á poco calumniado de infiel y combatido por su mismo hijo Mohamed, que amotinó contra él parte del pueblo; mas lejos de arrojarle contra la muchedumbre y castigar espada en mano la ambición del rebelde, se mostró dispuesto á abdicar, y habría abdicado á no salir en su defensa un embajador de Fez, que recurriendo á la elocuencia y desplegando á los ojos de los conjurados el cuadro de las desgracias á que habían de llevar á la patria las continuas discordias civiles, no sólo las contuvo, sino que los animó á volver contra los cristianos las armas que em-

(1) Nos falta ya la relación de el Khattib, uno de los más célebres historiadores árabes de los reyes de Granada, á quien hemos seguido hasta ahora escrupulosamente. ¡Lástima que no podamos seguirle hasta el fin de nuestra historia! El Khattib es uno de los hombres que más figuraron en el reinado de Mohamed V, y merece por esta sola circunstancia mayor crédito y consideración que ninguno de los que historiaron la dinastía de los sultanes nazaritas. Escribió hasta el reinado de Mohamed V inclusive, pero no lo concluyó: «Mahometus autem etiamnum in Hispania regnat ad annum videlicet Egiræ 765 incuntem quo Chronologiæ hujus quam perennem fontem vere dixeris finem facimus.» leemos al fin de su obra. Murió antes que Mohamed, y, lo que es más raro, por orden de ese mismo Mohamed, que durante muchos años tuvo depositada en él toda su confianza. Fué el Khattib, como todos los hombres de posición muy elevada, el blanco de la envidia de casi toda la nobleza, que se sentía ofuscada por su talento, por sus virtudes, y sobre todo por la brillantez del puesto que ocupaba junto á la persona de su soberano. Temió ser víctima de la intriga á pesar de lo mucho que Mohamed le honraba; y un día, socolor de visitar las fronteras, salió con su primogénito Ali y algunos caballos para la fortaleza de Gibraltar, donde se hizo á la vela para el África. Fué recibido en Ceuta muy obsequiosamente por su amigo Abdelaziz, rey de Fez, á quien había sostenido en la lucha que tuvo éste con Abdelrhamán, pretendiente á la corona de aquel reino; pasó á Fez, se estableció en la capital, y vivió en ella tan querido como respetado.

Mohamed, al saber su fuga, no pudo menos de convertir en odio todo el amor que le tenía; mas, cuando se le dijo que había pasado al África con ánimo de mover á Abdelaziz á que emprendiera la conquista de la Andalucía, juró vengarse cruelmente, y no paró hasta que concitándole en Fez enemistades y protegiendo á los que se manifestaban contrarios á los que le protegían, logró que le ahogaran en la cárcel los verdugos de un príncipe africano. Á tales extremos llevan á los monarcas las intrigas y calumnias cortesanas. (GAYANGOS, *The Hist. of mah. dyn.* t. 2.º)

puñaban contra un rey que se desvelaba por la salud del reino. Comprometido entonces por las palabras del embajador, y obligado por la conveniencia de apartar de sí la nota de infiel con que le había manchado su hijo, salió al frente de un ejército á correr los campos de Murcia, y azotó la frontera con todos los estragos de la guerra; pero no tardó en renovar las treguas, ya porque se las pidiese el enemigo, ya porque las solicitase él secretamente, como dicen los autores árabes. No hubo entre sus antecesores ninguno que más amase la paz: ofrecíale ocasión para brillantes campañas el estado singular del reino de Castilla, gobernado por un príncipe falto de salud, de dinero, de fuerzas capaces de resistir serios empujes de sus enemigos, y no cesaba de hacer dádivas á Enrique, como si fuese él quien debiese temblar ante las armas de Castilla.

Si hemos de dar crédito á crónicas cristianas, llegó Yusuf á verse retado por D. Martín Yáñez de la Barbuda, maestre de Calatrava, á quien cegaron las palabras de un ermitaño que en nombre de Dios le prometió grandes victorias contra infieles. Ni contestó á tan imprudente desafío, ni al ver al maestre sobre la torre de Egea hizo otra cosa que mandar contra él un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos. Le derrotó en una batalla, dejando tendidos en el campo á él y á cuantos no recurrieron á la fuga luégo de empezada la pelea; y ni después de tan soberbio triunfo quiso meter fronteras adentro de Castilla sus huestes vencedoras. Recibió cartas de Enrique III en que echaba de sí la responsabilidad de haber entrado el maestre en tierra de Granada por no haber mediado orden ni consejo suyo, se dió por satisfecho, mandó recoger las tropas, y restableció la paz por que tanto suspiraba.

Murió Yusuf el año 798 de la Egira dejando en completa tranquilidad el reino, pero con sobrados motivos para luchas desastrosas que sólo pudo contener el bondadoso carácter de su hijo primogénito Ysmail, más amigo de los placeres de la vida privada que de los deslumbradores goces del trono á que le lla-

maba su padre, la ley y la justicia. Mohamed, el mismo que ya en vida de Yusuf había pretendido usurpar la corona de Granada, apenas le vió moribundo, se dirigió á la nobleza y logró á fuerza de promesas y de intrigas hacer prevalecer sus deseos sobre los derechos de su hermano. Fué proclamado rey ya antes de que sepultaran á su padre, é inauguró desde aquel mismo día un reinado que empezó por un acto el más despótico y acabó por una orden fratricida que no fué afortunadamente ejecutada.

Mohamed VI no era, con todo, un tirano. La ambición le hizo criminal sólo para su hermano Yusuf, no para su pueblo, cuyo amor cautivaba con rasgos de nobleza y de valor que hacían recordar en él al generoso el Ahmar, al bravo fundador del reino. Reunía á la hermosura y robustez del cuerpo pasiones grandes y ardientes, ánimo varonil, tendencia á todo lo que podía parecer heroico, y allá donde veía más obstáculos, allá se arrojaba con más ardor y aliento. Temió á Yusuf para el caso en que tuviese que salir de Granada, y le mandó encerrar en el castillo de Salobreña; temió que el rey de Castilla no le acometiese confiando en que la guerra había de ser origen de funestas discordias para los muzlimes, y acompañado de sólo veinte y cinco caballeros, se dirigió á la frontera socolor de recorrerla, y pasó en calidad de embajador al mismo centro de Castilla, á Toledo, donde sorprendido Enrique le recibió con la mayor cordialidad y le entregó las treguas que con razón deseaba. Cuando poco después vió invadidas sus fronteras por los Adelantados de Andalucía, sin quejarse al de Castilla del rompimiento de las treguas, salió al frente de su ejército, acometió el Algarbe, taló campos y alquerías y no volvió á Granada sino después de haber tomado por asalto el castillo de Ayamonte, una de las más temidas fortalezas. Recibió embajadores castellanos que fueron á reclamarle la plaza conquistada; mas se negó á devolverla hasta que se le resarcieran los perjuicios ocasionados por las talas de los fronteros; y al ver de nuevo al enemigo dentro de

su reino, salió y fué á combatir encarnizadamente con él en la batalla de los Collejares, batalla sangrienta que sólo pudieron terminar las tinieblas de la noche, no el temor ni el cansancio de unos ni otros combatientes. Al advenimiento al trono de D. Juan II fué atacado en las fronteras de Murcia y derrotado cerca de Jijena, perdió Pruna por la traición de un moro, y no sufrió sino derrotas aun en las escaramuzas que le presentaron; pero armado de valor y cólera, no tardó en romper por medio de sus mismos enemigos, atacar, aunque sin fruto, á Lucena, caer sobre Baeza y volver á Granada si no con la victoria, con ricos despojos, armas, cautivos y caballos. Á poco tuvo contra sí á un enemigo temible, al tenaz infante D. Fernando, regente de Castilla durante la minoría de D. Juan II. No pudo impedir la pérdida de Zahara, que se entregó capitulando honrosamente, ni la de Ayamonte, que cayó bajo los repetidos ataques de Pedro de Zúñiga, ni la de Lacobín, Priego, ni Ortegicar, pero detuvo la caída de Setenil, y no llevándole socorro, sino arrojándose osadamente sobre Jaén y llamando así sobre este punto la atención del infante castellano. Quemó y taló todas las cercanías de la ciudad, sostuvo gran número de refriegas con los que se atrevieron á extender sus correrías á Málaga, y no había aún transcurrido un año, estaba ya sobre Alcaudete con doce mil infantes y siete mil caballos. No pudo con Alcaudete; pero introdujo el espanto en toda Andalucía, hizo poner en pié de guerra tres ejércitos cristianos que por otras tantas partes invadieron el reino de Granada, dió acá y acullá batallas sangrientas, y cuando ya cansado de la guerra, pudo aún obtener de D. Fernando una tregua de ocho meses.

Era Mohamed VI intrépido, uno de esos corazones que crecen con el peligro, una de esas almas orgullosas que se rebelan contra la ley de su destino. Veía cuán desigual era la lucha, pero porque era desigual la sostenía; creía que tras la inercia había de seguir la humillación, y habría sacrificado para evitarla no sólo su propia vida, sino también la de su reino. Consideraba,

por otra parte, la guerra un medio de hacer olvidar su vicioso encumbramiento, de acallar el grito de las pasiones, de ahogar la voz de la discordia. No es extraño que desease luchar casi sin tregua: dominado por la sed de gloria, y sobre todo por la ambición, la guerra era su vida, la paz su muerte.

¡Lástima que esa ambición le hiciese manchar con otro crimen el fin de su reinado! Al verse moribundo, teme Mohamed que Yusuf ocupe el trono destinado á su hijo; y preocupado por la misma idea que le armó contra su padre, manda al alcaide de Salobreña una carta en que le ordena que luégo de recibida acabe con su bueno y desdichado hermano. ¿Puede concebirse más espantoso crimen á las puertas del sepulcro?

¡Ese fratricidio no llega á consumarse! Alá, que vela sin cesar sobre los buenos, dicen los autores árabes, salva casi milagrosamente á Yusuf y le lleva desde el borde de la tumba al trono. — El arráz, portador de la carta, llega á Salobreña en ocasión de estar jugando al ajedrez el príncipe y el alcaide del castillo. Lee el alcaide la carta y se estremece. Adivina Yusuf que se trata de su muerte, recorre con sus propios ojos su sentencia, y no pide sino horas para despedirse de sus doncellas y disponer de sus alhajas. « No es posible, replica el arráz, está medido el tiempo de mi vuelta á Granada, y no he de salir de aquí que no haya recogido vuestro último suspiro. » Hielan de terror estas palabras al alcaide, pero no á Yusuf, que dice con la mayor calma: « dejadme cuando menos concluir esta partida; » y sentado en sus almohadones de oro y seda continúa el juego. Queda confundido al ver la tranquilidad del príncipe hasta el mismo arráz, y el alcaide se conmueve de modo que no acierta á mudar pieza ninguna; pero él no sólo atiende á su juego, sino también al del contrario, y le va advirtiendo las faltas y corrigiendo las jugadas. Llegan en tanto dos caballeros que anuncian la muerte de Mohamed y la aclamación de Yusuf en Granada, suspéndese la ejecución, vienen unos tras otros numerosos cortesanos, y el que poco há contaba por minutos el tiem-

po de su vida, ve abierto ante sí el camino del poder y de la gloria. No se inmuta tampoco Yusuf: monta á caballo, vuela á Granada, y entra con entusiastas aclamaciones por el pueblo, que ha adornado ya las calles con arcos de triunfo, cubierto de ricos brocados las fachadas de sus monumentos y sembrado de flores la carrera. Ni á la vuelta del más victorioso de sus reyes se ha engalanado como ahora la émula de Bagdad y Damasco: conoedora de cuánto merece el que tan resignadamente sufrió la usurpación y el destierro, apenas sabe cómo manifestarle ni su agradecimiento, ni su placer al verle repuesto en el trono de su padre. Los pueblos suelen ser tarde ó temprano justos.

Yusuf III era el reverso de Mohamed. Consideraba efímera y de ningún valor la gloria de las armas, y aborrecía la guerra como gravosa hasta para los mismos vencedores. No la admitía sino como una necesidad; y aun en medio del estrépito de los combates deseaba y pedía la paz, á sus ojos la única base de la felicidad de los pueblos. No bien había subido al trono cuando pedía ya la renovación de la tregua; no bien había espirado el plazo por que se la otorgaron, cuando enviaba á Castilla á su hermano Alí en demanda de nueva prórroga. Cuando vió que no podía obtenerla sino á costa de duras humillaciones, la rechazó; pero ni aun entonces fué el promovedor de la guerra, fueron los cristianos, fué el esforzado infante D. Fernando, que ardía en deseos de renovar las heróicas y aventuradas campañas del Rey Santo.

Amaba D. Fernando la guerra tanto como Yusuf la aborrecía; y deseoso de provocarla, no quiso conceder treguas como no se declarase feudo de Castilla el reino de Granada. Reunió un ejército en que brillaron las lanzas de los más esforzados capitanes, entró en Andalucía, atravesó el Yeguas que á la sazón separaba los dos reinos, y se dejó caer con rapidez sobre Antequera. Puso en alarma todo el reino de Granada, puso en alarma al mismo Yusuf, que creyó deber pregonar la guerra santa; pero no pudo llevar fácilmente á cabo tan arriesgada empresa.

Considerada Antequera como palenque por muzlimes y cristianos, fué pronto teatro de las más reñidas escaramuzas, de los más formidables asaltos, de las más sangrientas batallas. Pelearon allí unos y otros como tigres devorados por el hambre; y ni la muerte de los mejores caudillos, ni los campos cubiertos de cadáveres, ni los fosos inundados de sangre, ni el espectáculo de la ciudad envuelta en ruinas pudieron entibiar su ardor frenético. Empleóse por una y otra parte la estrategia, el cañón, armas de punta envenenada, los medios y los instrumentos más terribles. En nada se escaseó la sangre del soldado; por nada dejaron de aventurar su vida ni aun los príncipes que gobernaban las dos huestes. Hubo en unos y otros actos de valor, rasgos de heroísmo (1); desgraciadamente ninguna generosidad, mucha barbarie. Los soldados de Yusuf fueron dos veces vencidos y mordieron en número de más de treinta mil el polvo de la tierra: y cuando sonó al fin para Antequera la hora de su caída, ni á capitulación fueron admitidos los pocos que después del asalto se retiraron al alcázar. Alkarmen, el héroe de aquel sitio, tuvo que rendirse con un puñado de valientes sin alcanzar de sus enemigos sino la libertad y la vida. Hubo alguna generosidad, pero después de la victoria, cuando la vista de los vencidos extenuados por el hambre no pudo menos de despertar sentimientos de compasión en los cristianos. No escaparon con vida de aquel montón de ruinas sino dos mil seiscientas treinta y ocho personas; y ¿cómo no habían de conmover á sus enemigos aquellos escasos restos de una ciudad que había sido una de las más populosas del reino de Granada? Salieron todos lamentando amargamente la pérdida de sus familias, derramando

(1) Cuentan que durante el sitio, que fué muy largo, se hubo de llenar de escombros un ancho foso que impedía el acceso de las tropas castellanas á los muros, y viendo D. Fernando que los soldados á quienes se había impuesto este deber lo hacían con miedo por ser más los que morían que los que escapaban con vida, les arengó, cogió una espuerta, la vació en el foso, y les dijo: avergonzáos y haced lo que yo. D. Fernando tomó la conquista de esta plaza con mucho empeño, y no sin razón se le conoce en la historia con el nombre de Fernando de Antequera.

cada cual lágrimas de dolor y de vergüenza, no atreviéndose ninguno á pedir al cielo ni para las víctimas perdón ni para sí consuelo. Alcanzaron al fin permiso del vencedor para retirarse unos á Archidona y otros á Granada, donde fundaron el barrio de Antequeruela; y pudieron cuando menos ir á llorar en el regazo de un monarca bondadoso, en el seno de una ciudad amiga.

Quedó aterrado Yusuf; pero no tardó en cambiar de suerte. Alcanzó las tan deseadas treguas luego de llamado el infante al trono de Aragón (1), y no las vió rotas sino momentáneamente durante el resto de sus días. Tuvo que llamar otra vez á las armas á sus súbditos para castigar la rebelión de Gibraltar, que cansada de la tiranía de su gobernador, enarboló la bandera de los Beny Merines de África; y aun en esto encontró un sólido elemento de paz. El rey de Fez, á cuyo amparo se acogieron los gibraltareños, comisionó para que tomase posesión de la plaza á su hermano Abu-Said, á quien envidiaba y en secreto aborrecía; y al verle delante de las tropas de Yusuf fingió apoyarle y le dejó á merced del enemigo. Rindióse Abu-Said, pasó á Granada, y apenas había empezado á sentir la generosidad de Yusuf, cuando recibió de manos de éste una carta en que su hermano el rey de Fez solicitaba que le envenenasen á fin de asegurar mejor la paz de los Estados de África. Brama de cólera Abu-Said al ver tanta perfidia, pide armas á Yusuf, obtiene soldados y oro, parte á Almería, corre á Ceuta, penetra en lo interior de África, engruesa al paso su ejército, cae sobre Fez, derrota á las puertas á su hermano y pasa en hombros de la muchedumbre del campo de batalla al trono. Rey ya de Fez, ¿cómo no había de manifestar su agradecimiento á Yusuf, á quien debía esa misma corona que acababa de recoger entre el polvo del combate? Le envía armas, caballos, joyas, oro; le ofrece su perpetua amistad, y le hace temible á los castellanos,

(1) Ese D. Fernando fué el elegido por el parlamento de Caspe después de la muerte de D. Martín el Humano. (Véanse los tomos de *Cataluña* y de *Aragón*.)

que desde entonces deben tomar ya en cuenta para sus conquistas no sólo las huestes granadinas, sino también esas tropas africanas que tantas veces han hecho estremecer el suelo de la vieja Europa.

Renovó Yusuf por tercera vez las treguas; y, libre ya de todo temor de guerra, se dedicó con tanto ahínco á restaurar el reino, que á poco no quedó en toda Granada ni huella de las pasadas luchas. Restableció en todas partes el orden, la calma y la confianza, animó las ciudades con la frecuente celebración de justas y torneos, y logró hacer atractiva su corte hasta para los mismos castellanos que no pocas veces la visitaban, ya por deseo de hablar á los mismos con que habían cruzado en el campo sus espadas, ya por tomar parte en los ejercicios caballerescos de Bib-Rambla, ya por satisfacer entre sí deudas de honor á juicio de caballeros y damas moras (1). Dábales para esto jueces y estacada, siendo tal la influencia que ejercía sobre los pechos nobles, que aun en el mismo palenque no era raro que pusiese amigos á los que un momento antes habían roto contra sí sus armas sedientos de sangre y de venganza.

Dos veces vió aún comprometida la paz por los fronteros que disputaban eternamente sobre los mal determinados linderos de uno y otro reinos; otras tantas logró cortar el paso al incendio procurando conciliar los ánimos y recurrir antes que á la guerra al arbitraje. Ni un solo punto descuidó la tranquilidad y el esplendor de su reducido imperio; y alcanzó así llevarlo á tal altura, que á pesar de la caída de Antequera ha sido considerado justamente su reinado como el último término del

(1) De resultas de haber muerto alevosamente un escudero de D. Iñigo de Estúñiga á Antonio Bonel, diestro adalid á quien estimaba mucho D. Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fuentidueña, cuéntase que hubo entre éste y el Estúñiga ciertas contiendas que creyeron no poder terminar sino en duelo. No pudieron celebrarlo los dos bravos caballeros en Castilla, y obtuvieron de Yusuf permiso para celebrarlo en Vivarambla, donde aunque llegaron á romper las lanzas, no á verter su sangre, merced á los nobles deseos del rey y á la declaración que hicieron los jueces moros de haber quedado ambos como buenos en el primer combate (*Crónica de D. Juan II*, cap. 262).

encumbramiento de Granada. Murió en 1423 de un ataque de apoplejía que le derribó cuando menos esperaba sobre las losas de uno de los salones de la Alhambra; y no sin razón fué llorado de todo el pueblo, presa ya en adelante de discordias civiles que le arrojaron por fin abatido y ensangrentado á los piés de los monarcas de Castilla.

